
ROTTERDAM.

Es difícil recapacitar nada de la ciudad de Rotterdam, entrando en ella de noche. Apenas echó á andar el carruaje, pasó sobre un puente que resonó sordamente; y cuando yo creía estar, y efectivamente estaba dentro de la ciudad, ví con estupor, á derecha é izquierda, dos filas de buques que se perdían en la sombra. Pasado el puente, recorrimos una calle iluminada y llena de gente y llegamos á otro puente, en medio de filas de buques. Así seguimos andando buen rato, de un puente á una calle, de una calle á un puente; siempre, para aumentar mi confusion, entre una iluminacion nunca vista de faroles en las esquinas, y en las embarcaciones, y en los puentes; luces en las ventanas; lucecillas debajo de las casas, y de reflejos de todas éstas, luces en el agua. De pronto, el carruaje se detuvo; se aglomeró gente; saqué la cabeza fuera de la ventanilla y ví un puente en el aire. Pregunté qué era: un desconocido me contestó que pasaba un buque. De allí á un minu-

to, seguimos andando; ví de paso una encreujada de canales y de puentes que formaban como una gran plaza, toda erizada de palos de buques y sembrada de puntos luminosos, y por último, enfilamos una calle y llegamos á la fonda.

La primera cosa que hice al entrar en mi habitacion, fué ver si correspondia á la gran fama de la limpieza holandesa. En efecto, correspondia; y era tanto más de admirar, cuanto que era una habitacion de una fonda, casi siempre ocupada por gente profana á lo que entre los holandeses pudiera llamarse el culto de la limpieza. La ropa blanca estaba como la nieve, los vidrios transparentes como el aire, los muebles brillantes como el cristal, y las paredes tan limpias que no se podia encontrar un punto negro con una lente. Además habia una cesta para los papeles, una tablilla para encender los fósforos, una caja para las colillas, una vasija para la ceniza, una escupidera y otra cosa para los zapatos; en fin, no habia pretesto para ensuciar nada.

Cuando me hube hecho cargo del aposento, extendí en el velador el plano de Rotterdam é hice mis estudios preparatorios para el dia siguiente.

Es muy singular que las grandes ciudades de Holanda, por más que estén edificadas en inseguro suelo, y venciendo toda clase de dificultades, tengan todas una figura extraordinariamente regu-

lar. Amsterdam es un semicírculo, La Haya es un cuadrado, Rotterdam es un triángulo equilátero. La base del triángulo es un dique inmenso que defiende á la ciudad del Mosa, y se llama Boompies, que significa en holandés arbolitos, por una fila de pequenísimos álamos, que ahora son altísimos, y fueron plantados allí cuando se construyó. Otro gran dique constituye un segundo baluarte contra las inundaciones del rio, que divide en dos partes casi iguales la ciudad, desde la mitad del lado izquierdo hasta el ángulo opuesto. La parte de Rotterdam comprendida entre los dos diques se compone de grandes canales, islotes y puentes, y es la ciudad nueva; la parte que se extiende al otro lado del segundo dique es la ciudad antigua. Dos grandes canales se extienden á lo largo de los otros dos lados de la ciudad hasta el vértice, donde se juntan y reciben las aguas de un rio llamado Rotte, que, con la palabra *dam*, que significa dique, forma el nombre de Rotterdam.

Cumplido ya mi deber de viajero concienzudo, poniendo mil cuidados para no ofender, ni aun con el aliento, la purísima limpieza de aquella joya de habitacion, me entregué con una especie de timidez de aldeano á mi primer lecho holandés.

Las camas holandesas, hablo de las camas de las fondas, son ordinariamente cortas, anchas y ocupadas en gran parte por una gran almohada,

rellena de pluma, en la que se hundiria la cabeza de un cíclope; y añadiré, para que no quede nada por decir, que la luz ordinaria es un gran candelero de cobre, tan grande como un plato, que podría sostener un hacha de viento, y tiene, por el contrario, una candelilla corta y delgada como el dedo meñique de una española.

Por la mañana, apenas me levanté, bajé á escape las escaleras.

¡Qué calles, qué casas, qué ciudad, qué confusion de cosas nuevas para un extranjero! ¡Qué espectáculo tan diferente de todo lo que se ve en todos los demás países de Europa!

Ví primeramente el Hoog-Straat, que es una calle larguísima y recta que se extiende sobre el dique interior de la ciudad.

Las casas, sin blanquear, son de ladrillo de todos colores, desde el rojo oscuro, casi negro, al casi color rosa; la mayor parte, que no tienen anchura más que para dos ventanas, ni suben de dos pisos, tienen una fachada cuya pared sube por encima del tejado y lo oculta, estrechándose en forma de triángulo corto, surmontado por un fronton. Hay otras fachadas de dos curvas, como un largo cuello sin cabeza; otras están cortadas en escalones, como las casas que hacen los muchachos con pedazos de madera; algunas parecen pabellones cónicos, otras iglesias de aldea y otras barracas de escenario. Los frontones están

generalmente contorneados de líneas blancas, adornadas con mal gusto, con groseros arabescos en relieve; las ventanas y las puertas tienen anchos contornos blancos; hay líneas blancas entre piso y piso, y los espacios que median entre las puertas de las tiendas están revestidos de madera blanquecina; así es que en todo lo largo de las calles no se ven más que dos colores, el blanco y el rojo oscuro, y á lo lejos todas las casas parecen negras con fajas de lienzo, y presentan un aspecto entre fúnebre y carnavalesco, que hace dudar si se ha de decir que entristece ó que alegra.

Mientras miraba vagamente la calle, vi una casa que me dejó estupefacto. Creí que me había engañado; la miré mejor; miré las casas cercanas, las comparé con la primera y entre ellas, y aún temía tener telarañas en los ojos. Escapé de prisa á una calle lateral, y me pareció ver lo mismo. Por fin me persuadí de que no me engañaba, y de que toda la ciudad estaba de aquel modo.

Toda la ciudad de Rotterdam está lo mismo que una ciudad que se hubiera quedado repentinamente inmóvil en el momento en que, sacudida por un terremoto, fuese á caer en ruinas.

Todas las casas—pueden contarse por los dedos las excepciones que hay en cada calle—están inclinadas, unas más y otras ménos; pero las más lo están tanto, que á la altura del tejado sobresalen un buen trecho de la casa de al lado que

esté derecha ó muy poco inclinada. Pero lo extraño es esto: que las casas, que están tocando unas con otras, se inclinan á diferentes partes; una cae hácia adelante, como si quisiera derrumbarse; otra se echa atrás; una se inclina á la izquierda; otra á la derecha. En algunos puntos seis ó siete casas juntas se inclinan hácia adelante, las de en medio más que las de los extremos, y forman una gran panza, como una valla empujada por una turba de gente. Hay casas algo separadas que se inclinan una hácia otra, como si se salieran al encuentro. En ciertas calles, durante un buen trecho, todas las casas cuelgan hácia el mismo lado, como árboles abatidos uno sobre otro por el viento; y en otro largo espacio se inclinan todas en la direccion opuesta, como otra fila de árboles encorvados por un viento contrario. En algunos puntos hay cierta regularidad de inclinacion que casi no se advierte; en otros hay una descomposicion imposible de describir, una verdadera orgía arquitectónica, un baile de casas, un desórden que parece animado. Hay casas que parece que se caen de sueño; casas que se echan hácia atrás espantadas; casas que se inclinan una sobre otra, casi hasta tocarse los tejados, como para confiarse secretos; las hay que caen una sobre otra, como los borrachos; otras están echadas hácia atrás, entre dos inclinadas hácia adelante, como malhechores arrastrados por dos guardias;

filas de casas que parece que hacen reverencias á un campanario, y grupos de casitas, todas inclinadas hácia una que está en el medio y parecen conjuradas contra algun palacio. Despues diré el secreto de esto.

Pero no fué la forma ni la inclinacion lo que me pareció más curioso en aquellas casas.

Es preciso observarlas atentamente, una por una, de arriba á abajo, y hay tanto con que entretenerse, como en un cuadro.

En lo alto de la fachada, en el centro del fronton, sobresale—en algunas casas—un tronco inclinado con una polea y una cuerda para subir y bajar cestas y otras cosas. En otras, sale tambien por un ventanillo una cabeza de ciervo, de carnero ó de cabra. Debajo hay una faja de piedra blanqueada ó una traviesa de madera que corta toda la fachada; y debajo de la traviesa, dos anchas ventanas, sobre las que hay unas cortinas en forma de palanquin que caen á los lados, y debajo de éstas, en los vidrios más altos, una pequeña cortina verde. Debajo de la cortina verde está colgada una jaula ó un canastillo lleno de flores. Debajo de este canastillo, apoyada en los vidrios, hay una red de hierro hecha con finísimos hilos empavonados, que impide ver lo interior de la habitacion. Detrás de la red, en el intervalo, entre la misma y las paredes de la ventana, una tablita con porcelana, cristalería, flores y figuritas.

Sobre el alfeizar, en la parte que dá á la calle, una hilera de tiestos de flores. En el centro, ó á un lado del alfeizar, hay un hierro que sobresale, encorvado hácia arriba, que sostiene dos espejos unidos en forma de libro, movibles y cubiertos por un tercer espejillo, tambien móvil; de modo que desde el interior de la casa se puede ver—sin ser visto de nadie—todo lo que pasa en la calle. En algunas casas asoma un farol entre las dos ventanas. Debajo de éstas, está la puerta de la casa ó la de una tienda. Si es de una tienda, hay encima de la puerta ó una cabeza de moro con la boca abierta, ó una cabeza de turco haciendo muecas; ora un elefante; ora un pato; ora una cabeza de caballo ó de toro; ya una serpiente; ya una media luna; ya un molino de viento; ya un brazo extendido que tiene en la mano diversos objetos, segun lo que se venda en la tienda. En la puerta de la casa—siempre cerrada—hay una placa que tiene escrito el nombre del inquilino; otra con una ranura para las cartas, y otra plancha en la pared con el llamador de la campanilla; planchas, clavos y cerraduras, todo está reluciente como el oro. Delante de la puerta, un puentecito de madera—porque en muchas casas está el piso bajo á un nivel inferior al de la calle—y delante del puentecito, dos pequeñas columnas de piedra con dos bolas por remate; más adelante otras columnitas unidas por cadenas de hierro con eslabones en for-

ma de cruces, de estrellas y de polígonos; en el espacio entre la calle y la casa hay tiestos de flores, y en las ventanas del piso bajo, más flores y cortinas. En las calles apartadas hay también jaulas á los lados de las ventanas, vestidos colgados, ropa blanca tendida, mil colores y mil objetos que resaltan y hacen que todo parezca una feria universal.

Pero sin salir de la ciudad vieja, basta apartarse del centro para ver á cada paso algo nuevo.

Al pasar por ciertas calles estrechas y rectas, se ven de repente cerradas en el fondo, como por una tela que esconde la campiña, y que apenas vista, desaparece, y es la vela de una embarcación que pasa por un canal. En el fondo de otras calles se ve una red de cuerdas, que parece tendida entre las dos últimas casas para impedir el paso, y es el cordaje de un buque fondeado. En el fondo de otras se ve un molino de viento—alto como un campanario y negro como una torre antigua—que mueve sus aspas sobre las chimeneas de las casas vecinas. En fin, por todas partes, entre las casas, encima de los tejados, en medio de los árboles lejanos, se ven mástiles de buques, gallardetes, velas, algo que recuerda que se está rodeado de agua, y que hace imaginar que la ciudad está construida en medio de un puerto.

En este lapso de tiempo se habían abierto las tiendas y llenado de gente las calles.

Habia gran movimiento de transeuntes, todos

ocupados, pero sin apresuramiento, lo cual distingue el movimiento de las calles de Rotterdam, del de ciertas calles de Londres, que á algunos viajeros se les antojaron muy parecidas, especialmente por el color de las casas y el aspecto grave de los habitantes. Rostros blancos, pálidos, color de queso parmesano; cabellos rubios, muy rubios, rojizos, amarillentos; anchas caras imberbes, sobarbas, y ojos azules tan claros que había que buscar las pupilas; mujeres gruesas, anchas, coloradas, calmosas, con cefias blancas y pendientes en forma de sacacorchos: tales fueron las primeras cosas que observé en la multitud.

Pero no era la gente lo que en aquel momento estimulaba más mi curiosidad. Atravesé el Hoog-Straat y me encontré en la ciudad nueva.

No se puede decir si es una ciudad ó un puerto, si hay más tierra ó más agua, si hay más buques ó más casas.

Son largos y anchos canales que dividen la ciudad en otras tantas islas, unidas por medio de puentes levadizos, de puentes giratorios y de puentes de piedra. A ambos lados de cada canal, se extienden dos calles con una fila de árboles por la parte del agua y una fila de casas en el lado opuesto. Todos estos canales son otros tantos puertos de bastante profundidad para recibir los buques de mayor calado, y todos los canales están llenos, de punta á punta, excepto un corto espa-

cio en el centro que sirve para entrar y salir. Parece que se ve una inmensa escuadra prisionera en una ciudad.

Cuando llegué, era la hora de mayor movimiento y fuí á colocarme en el puente más alto de la encrucijada principal.

Divisábanse desde allí cuatro canales, cuatro bosques de mástiles, flanqueados por ocho hileras de árboles; las calles atestadas de mercancías y de gente; rebaños que pasaban por los puentes; puentes que se levantaban ó se abrían para dejar pasar los buques y enseguida se bajaban ó se juntaban para dejar pasar una oleada de gente, de coches y de carros; buques que entraban y salían de los canales, relucientes como modelos de un museo, con las mujeres y los niños de los marineros en el puente; botes que se deslizaban entre las embarcaciones; mucha gente entrando y saliendo en las tiendas, gran movimiento de criadas lavando paredes y vidrieras; y todo este movimiento animado por el reflejo del agua, por la verdura de los árboles, por el color de las casas, por los altísimos molinos que dibujaban á lo lejos su negra techumbre y sus largas aspas sobre el azul del cielo, y además por un aire de sencillez y tranquilidad nunca visto en una ciudad meridional.

Observé con atención un buque holandés.

Casi todas las embarcaciones reunidas en los canales de Rotterdam no hacen viajes más que

por el Bhin y en Holanda; tienen un solo palo y son anchos, fuertes y pintados de mil colores como barquillas de juguete. El casco es, por lo general, color de yerba, adornado alrededor de la cinta con una lista muy encarnada ó blanca, ó de varias listas que parecen un haz de cintas de diversos colores. La popa es, por lo general, dorada. El tablado del puente y el mástil, están barnizados y brillantes, como el piso de la sala más cuidada. Los asientos, los barriles, las antenas y los baldes, todo está pintado de encarnado con listas blancas ó azules. El camarote donde están las familias de los tripulantes, está pintado como un kiosko chino, y tiene sus limpidísimas vidrieras y sus cortinillas blancas bordadas y atadas con cintas color de rosa. En todos los momentos libres, marineros, mujeres y niños se ocupan en lavar, fregar y limpiar por todas partes con sin igual cuidado; y cuando su buque sale del puerto, todo fresco y engalanado como un coche de gala, ellos buscan de pié en la popa un cumplimiento mudo en los ojos de la gente que está á lo largo de los canales.

De canal en canal y de puente en puente, llegué hasta el dique Boompies, frente al Mosa, donde hierve toda la vida de la gran ciudad comercial. Por la izquierda se extiende una larga hilera de vaporcitos de varios colores, que salen á todas horas para Dordrecht, para Arnhem, para Gouda,

para Schiedam, para Brilla, para Zelanda, y llenan continuamente el aire del alegre sonido de sus campanas y de blancas nubecillas de humo. A la izquierda están los buques grandes que hacen viajes á los diversos puertos de Europa, mezclados con los hermosísimos de tres palos que van á las Indias orientales, y llevan escritos con letras de oro los nombres de Java, Sumatra, Borneo y Samarang, que traen á la imaginación aquellas tierras y aquellos pueblos salvajes, como un eco de lejanas voces. Delante el Mosa, surcado por gran número de embarcaciones, y la orilla opuesta en la que se levanta un bosque de hayas, de molinos de viento y de chimeneas de fábricas; y sobre este espectáculo, un cielo inquieto, lleno de resplandores y de oscuridades siniestras, que se agita y se transforma como para imitar el laborioso movimiento de la tierra.

Rotterdam—aquí viene bien el decirlo—es por su importancia comercial la primera ciudad de Holanda, despues de Amsterdam. Ya en el siglo XIII era una floreciente ciudad mercantil. Luis Guicciardini, en su obra sobre los Países-Bajos, ya mencionada, aduce una prueba de la riqueza de esta ciudad en el siglo XVI, diciendo que en ménos de un año reconstruyó novecientas casas, que habian sido destruidas por un incendio. Bentivoglio, en su Historia de las guerras de Flandes, la llama *tierra de las más ricas y mer-*

cantiles que tiene Holanda. Pero su mayor prosperidad no comienza hasta 1830, ó sea despues de la separación de la Holanda y la Bélgica, que parece haberle dado todo lo que hizo perder á su rival Amberes. Su situación es ventajosísima. Se comunica con el mar por el Mosa, que lleva á su puerto en pocas horas los mayores buques mercantes, y por el mismo rio se comunica con el Rhin, que conduce de las montañas de Suiza y de Baviera inmensa cantidad de maderas, bosques enteros que van á Holanda á transformarse en naves, en diques y en pueblos. Más de ochenta magníficos buques van y vienen durante nueve meses entre Rotterdam y las Indias. Las mercancías afluyen de todas partes en tan gran abundancia, que hay que transportar parte de ellas á las ciudades vecinas. Entretanto Rotterdam crece; se están construyendo grandes almacenes y se trabaja en un puente descomunal, que atravesará el Mosa y toda la ciudad, extendiéndose así el camino de hierro, que ahora se detiene en la orilla izquierda del rio, hasta la puerta de Delft, donde se reunirá con el camino de El Haya.

En suma: Rotterdam tiene un porvenir más brillante que Amsterdam, y es hace mucho tiempo una temible rival de su hermana mayor. No posee las grandes riquezas de la capital; pero es más industriosa para servirse de las suyas; emprende, se atreve y arriesga como ciudad jóven y aventu-

ra. Amsterdam, como un negociante que se ha hecho cauto despues de haberse enriquecido con atrevidas empresas, comienza á dormirse sobre sus tesoros. En Rotterdam, para definir de una vez las tres grandes ciudades de Holanda, se hace fortuna; en Amsterdam se consolida; en El Haya se gasta.

Por esto se comprende que Rotterdam sea mirada algo por encima del hombro por las otras dos ciudades, considerada así como una *parvenue* por otra razon: que es enteramente mercantil, y no se ocupa más que de sus negocios, y que tiene poca aristocracia, y esa no muy rica y modesta. Amsterdam, por el contrario, contiene la flor del alto patriciado mercantil; Amsterdam tiene grandes museos de pinturas, protege las artes y es literata; une, en suma, el título á la bolsa. Pero, á pesar de su superioridad, está celosa de su hermana menor, y ésta de ella; riñen y se indisponen; lo que una hace lo hace tambien la otra; lo que el Gobierno concede á una lo quiere tambien la otra; en este mismo momento abren las dos un canal hácia el mar; dos canales que no se sabe si podrán servirles; pero no importa, el Gobierno, como abuelo condescendiente, debe contentar á la niña grande y á la pequeña.

Visto el puerto, recorrí todo el dique de Boompies, sobre el que se extiende una hilera de grandes casas nuevas, construidas á estilo de Pa-

rís y de Lóndres—casas que, como sucede en todas partes, los habitantes admiran, y el extranjero ni siquiera mira, ó lo hace sin gusto;—despues retrocedí, volví á entrar en la ciudad, y de canal en canal, y de puente en puente salí al ángulo formado por la Hoog-Straat con uno de los dos canales que cierran la ciudad por la parte de Oriente.

Aquella es la parte más pobre de la ciudad.

Entré en la primera calle que ví, y dí algunas vueltas en aquel barrio para ver de cerca cómo está la gente pobre en las ciudades holandesas. Las calles son muy estrechas, y las casas más pequeñas que en ninguna otra parte; el tejado de muchas de ellas puede tocarse con las manos; las ventanas se levantan poco más de un palmo del suelo, y las puertas son tan bajas, que hay que inclinarse para entrar. A pesar de esto, no hay la menor señal de miseria. Tambien allí tienen las ventanas sus espejitos—los espías, como se les llama en holandés—sus tiestos de flores en el alféizar, sus cortinillas blancas; los huecos están pintados de verde ó azul, y todo abierto, de modo que se ven las alcobas, las cocinas, todos los rincones de la casa, habitacioncitas que parecen cajas, donde está amontonada la ropa como en los establecimientos pequeños; pero todo está limpio y brillante como en las casas ricas. Al pasar por aquellas calles no se encuentra ni sombra de su-

ciudad por ninguna parte, ni se siente mal olor, ni se ve un andrajo, ni una mano que se extienda para pedir; se respira la limpieza y el bienestar, y se piensa con vergüenza en los asquerosos barrios de nuestras ciudades, donde hormigüea el pueblo bajo, y aun en los de las extranjeras, sin excluir á París, que tambien tiene su calle Mouffetard.

Al volver hácia mi alojamiento, pasé por la gran plaza del Mercado, situada en medio de la ciudad y no ménos extravagante que todo lo que la rodea.

Es una plaza suspendida en el agua; plaza y puente á la vez; un puente espaciosísimo que une el dique principal—Hoog-Straat—con un barrio de la ciudad, rodeado de canales. Esta plaza aérea está limitada por antiguos edificios en tres de sus lados, de uno de los cuales parte una calle larga, estrecha y oscura, ocupada toda por un canal, que parece una calle de Venecia, y está abierta por el cuarto lado sobre una especie de fondeadero, formado por el canal más ancho de la ciudad, que comunica directamente con el Mosa. Sobre esta plaza se eleva, rodeada de barracas y de carretas, en medio de montones de legumbres, de naranjas, entre vendedores y vendedoras, dentro de una verja cubierta de trapajos y esteras, la estatua de Desiderius Erasmus, la primera gloria literaria de Rotterdam; aquel Gerrit-Gerritz—

porque el nombre latino, á semejanza de todos los demás grandes escritores de su tiempo, se lo puso él mismo—aquel Gerrit-Gerritz, que pertenecía por su educacion, por su estilo y por sus ideas á la familia de los humanistas y de los eruditos de Italia; escritor delicado, profundo é infatigable de letras y de ciencias; que llenó toda Europa con su nombre entre los siglos XV y XVI; que fué colmado de favores por los Papas y buscado y agasajado por los Príncipes, y de cuyas innumerables obras, escritas todas en latín, todavía se lee el *Elogio de la locura*, dedicado á Tomás Moro. Aquella estatua de bronce, erigida en 1622, representa á Erasmo, vestido de pelliza, con un gorro de pelo, algo inclinado hácia adelante como el que camina, y con un gran libro abierto en la mano, en actitud de leer; y el pedestal lleva una doble inscripcion holandesa y latina, que le llama *vir sæculi sui primarius y civis omnium præstantissimus*. A pesar de este pomposo elogio, el pobre Erasmo, plantado allí como un guardia municipal, dá lástima. Creo que no hay sobre toda la faz de la tierra otra estatua de literato que, como la suya, sea olvidada por el que pasa, despreciada por lo que la rodea, y que mueva á compasion al que la mira. Pero ¿quién sabe si Erasmo, como agudo filósofo que era y debe ser todavía, no está contento en aquel rincon, mucho más no estando lejos de su casa, si la tradicion no mien-

te? En una callejuela cercana á la plaza, en el muro de una casita ocupada por una taberna, se ve dentro de un nicho una pequeña estátua de bronce que representa al gran escritor, y debajo del nicho la inscripcion *Hæc est parva domus magnus qua natus Erasmus*, qué quizá ocho de cada diez rotterdameses no han visto ni leído jamás.

En un ángulo de la misma plaza hay una casa pequeña, llamada la *Casa del miedo*, en uno de cuyos muros hay una pintura cuyo asunto no recuerdo. Se le puso el nombre de Casa del miedo, porque segun la tradicion, allí se escondieron los principales personajes cuando los españoles saquearon la ciudad, y estuvieron tres dias ocultos sin comer. No es ese el único recuerdo que Rotterdam conserva de los españoles. Muchos edificios, construidos en tiempo de su dominacion, recuerdan el género de arquitectura que entonces se usaba en España, y algunos tienen todavia inscripciones españolas. En las ciudades de Holanda son muy comunes las inscripciones en las casas. Las casas se glorían de su antigüedad, como las botellas de vino, y enseñan la fecha de su construccion escrita en grandes caractéres en medio de la fachada.

En la plaza del Mercado pude observar con toda comodidad los pendientes de las mujeres, que son dignos de que se hable minuciosamente de ellos.

En Rotterdam no ví más que los pendientes que se usan en la Holanda meridional; pero su variedad es muy grande sin salir de la provincia. Sin embargo, todos se parecen en que, en lugar de colgar de las orejas, penden de las extremidades de un cerquillo metálico de oro, plata ó cobre dorado, que ciñe la cabeza como media diadema, y vá á terminar en el temporal. Los pendientes más comunes tienen la forma de una espiral de cinco ó seis vueltas, generalmente muy grandes, y están sujetos á los extremos del cerquillo, de manera que sobresalen de la cara como las varillas de unos anteojos. Muchas mujeres llevan además colgados de estas espirales dos pendientes de la forma ordinaria, pero más grandes, que bajan casi hasta el seno, y se mueven delante de las mejillas como los adornos de los bueyes. Otras llevan tambien el cerco de oro que ciñe la frente, cincelado, adornado de hojas en relieve y de botones. Casi todas llevan el pelo liso y aplastado, y una cófia blanca bordada ó adornada con encajes, que cubre y sujeta la cabeza como una gorra de dormir, y desciende en forma de velo, tambien con encajes y bordados, sobre el cuello y los hombros. Este velo flotante á estilo árabe y aquellos pendientes descomunales y extravagantes dan á las mujeres tal aspecto, entre real y bárbaro, que si no fuesen blancas, como lo son, las tomaria cualquiera por mujeres de algun país salvaje, que

hubieran conservado de su traje primitivo el adorno de la cabeza. No me admira que ciertos viajeros, al ver por primera vez aquellos pendientes, hayan creído que eran á la vez un adorno y un instrumento, y hayan preguntado su uso. Pero también se puede suponer que hayan sido hechos así para otro objeto; esto es, para servir de armas defensivas al pudor femenino, porque un impertinente que acercase demasiado la cara encontraría aquel impedimento lo ménos cuatro dedos antes de tocar la mejilla. Estos pendientes, particularmente usados por las campesinas, son casi todos de oro, y cuestan, con el cerquillo y otros accesorios, una buena suma; pero he visto en mis paseos por el campo otras muchas riquezas de los aldeanos holandeses.

Junto á la plaza del Mercado está la catedral, fundada hácia el fin del siglo XV, en la época de la decadencia del arte ojival; entonces era iglesia católica dedicada á San Lorenzo: ahora la primera iglesia protestante de la ciudad. El protestantismo, vándalo de la religión, penetró en la antigua iglesia con el pico y la brocha en la mano; rompió, destiñó, desdoró, dió de blanco é hirió con pedantesco fanatismo á todo lo bello y espléndido que le vino en mientes, y la redujo á un edificio blanco, desnudo, frío, tal como debiera ser en tiempo de los dioses falsos un templo consagrado á la diosa del fastidio. Un órgano inmenso,

compuesto de cerca de cinco mil caños, que produce, entre otros sonidos, el efecto del eco; algunas tumbas de almirantes, adornadas de epitafios holandeses y latinos; muchos bancos, algún muchacho con el sombrero puesto, un grupo de mujeres que charlaban en voz alta, y un vejete que fumaba en un rincón: hé ahí todo lo que he visto. Aquella era la primera iglesia protestante en que ponía los piés, y confieso que me hizo un efecto desagradable, mezclado de tristeza y de escándalo. Comparé aquel aspecto de iglesia devastada con las magníficas catedrales de España é Italia, donde en las paredes, iluminadas por una luz suave y misteriosa, á través de las nubes de incienso, se encuentran las amorosas miradas de los ángeles y de las santas que nos señalan el cielo; donde se ven tantas imágenes de inocencia que tranquilizan, tantas imágenes de dolor que ayudan á sufrir, que inspiran la resignación, la paz y la dulzura del perdón; donde el pobre sin hogar y sin pan, arrojado de la puerta del rico, puede orar entre los mármoles y el oro, como en un salón régio, donde nadie le desdeña, entre un esplendor y una pompa que no lo humilla, sino que le honra y lo conforta en su miseria; aquellas catedrales, en fin, donde nos arrodillamos de niños junto á nuestra madre, y sentimos por vez primera la dulce seguridad de revivir con ella en aquellos profundos espacios azules que veíamos pintados